

## EL GRAN CEREMONIAL

El "Canon" o "Acción" es el centro de toda la Misa, es tan solemne, que se comienza con un Prefacio, es decir, con una preparación, con un recibimiento.

Después de esto viene el Sacrificio.

Aquel momento en que, a las palabras de la santa Cena, desciende Cristo vivo, recuerda la Pasión, y precisamente el tiempo de la vida del Mesías, en que se sacrificó en la Cruz por nosotros. El Sacrificio es el centro de toda la Acción, y por eso esta palabra da el nombre a toda la Misa: El Sacrificio de la santa Misa.

Antes, sin embargo, procede una demostración de exaltación y de gloria al Mesías, como también acaeció históricamente, cuando Jesús fué acogido en Jerusalén con aclamaciones y saludado con palmas.

"¡Hosanna, Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!"

### El Prefacio (El Hosanna)

En el rito de la Misa, la iniciación del Prefacio está precedida de la voz resonante del Sacerdote que estaba leyendo la Secreta en voz baja.

Concluye una oración muda que había comenzado interiormente y casi como despertándose grita:

"Por todos los siglos de los siglos."

Mentalmente había rogado a Cristo y dijo:

"Tú serás glorificado sin límite."

El pueblo, igualmente, sale de su callada meditación y ve al Sacerdote dirigirse a él con uno de sus saludos, que casi siempre son una llamada para que se preste atención:

### Dominus vobiscum.

Y súbitamente se alegra su espíritu:

"¡Elevad vuestros corazones!"

"Ah", contesta alegremente el acólito, "los hemos ya puesto en el Señor."

Todos experimentan la misma alegría tumultuosa, El, está para llegar.

"Demos, pues gracias a Dios", añade el Sacerdote, que siente la necesidad de expresar su gratitud, de saludar al Señor y desea que en dicho deber el pueblo le ayude tomando parte con él.

"Es cosa digna y justa", contesta el acólito.

"Sí", prosigue el Sacerdote, "es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que nosotros, siempre y en todas partes, demos gracias a Dios."

El Sacerdote ha comenzado un discurso.

Habla de Dios con tal solemnidad, que el pueblo se pone en pie para escucharlo.

"¡Te damos gracias, Señor santísimo, Padre omnipotente, eterno Dios. Por Cristo nuestro Señor!"

"Tu majestad es ensalzada por los Angeles y adorada



por las Dominaciones, y de ella tiemblan las Potestades."

"Mientras los bienaventurados Serafines la celebran con recíproca alegría."

"Oh, Señor, te lo rogamos. Haz que también sean admitidas nuestras voces."

Súbitamente el acólito coge la campanilla y la hace sonar vivamente en señal de solemnidad; y todo el pueblo cae de hinojos, lanzando con el Sacerdote vivas al Señor:

"¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!"

"El cielo y la tierra están llenos de tu gloria."

"¡Hosanna en lo más alto de los Cielos!"

"¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!"



## EL SACRIFICIO

### El Rito antiguo

La parte central de la Misa de los fieles, que está ahora a punto de comenzar y que se llama "Sacrificio", corresponde y sustituye a los antiguos ritos de las religiones paganas y también de la religión del pueblo elegido.

Los ritos no los constituían las oraciones solamente, sino también las "ofrendas" a la divinidad, a la cual se hacía un don, un regalo material. Sin embargo, no pudiendo presentar una ofrenda a la divinidad invisible, se destruía un objeto en honor suyo, y generalmente se mataba un ser vivo, la víctima del holocausto. Esto se realizaba de modo solemne después de consagrar sobre un lugar elevado ("alta res" o altar) la víctima designada.

Este hecho de hacer sagrado un objeto, se llamaba "sacrificio". Y como el acto se realizaba sobre el altar, se llamaba "sacrificio del altar". En el lenguaje común la palabra sacrificio ha tomado el significado de privación, porque el objeto donado a la divinidad representaba una privación para quienes lo ofrecían, pues se inmolaba el objeto más digno y caro. La Biblia nos



muestra a Abel el justo, que sacrificaba a Dios el más bello cordero de su rebaño, y nos cuenta que Abrahán, el patriarca, obedeció inmediatamente la orden del Señor cuando le pidió que sacrificase a su hijo único, pues ninguna privación le parecía, jamás, bastante digna de Dios.

El acto de hacer sagrada la víctima, era función del Sacerdote que le imponía las manos y las tenía extendidas sobre ella; entonces, la víctima consagrada era llamada "hostia". El acto de consagración se realizaba con vistosas ceremonias y pompa. Después tenía lugar el holocausto, y el animal sagrado era muerto generalmente haciendo correr su sangre.

La finalidad de ofrecer la víctima sobre el altar, además de rendir homenaje a la divinidad, era aplacarla si estaba ofendida y hacerla propicia a obtener su protección.

Estos usos religiosos parecen sorprendentes a nosotros los cristianos; pero eran la expresión de un sentimiento natural en el hombre. También entre las personas humanas es frecuente hacer ofrendas semejantes a éstas, por ejemplo, cuando cortamos con las tijeras una flor hermosísima para ofrecerla como homenaje, hacemos una víctima, porque tronchamos la vida de la flor. Si aquel a quien queremos honrar es un gran personaje, buscamos las flores más raras, más perfumadas y las adornamos, envolviéndolas en encajes de papel y de seda, atándolas con cintas vistosas.

La persona que hace la ofrenda se viste cuidadosamente y estudia los gestos adecuados, las reverencias

con que ha de presentar la ofrenda. He aquí el ejemplo de un holocausto ofrecido con ceremonia y pompa.

Es comprensible que el mismo deseo fuese expresado con mayor lujo y cuidado cuando se trataba de dirigirse a la omnipotente divinidad.

### El nuevo Rito

Fué Jesús quien nos enseñó una nueva doctrina, la cual no se basa en el instinto humano, sino en una revelación de la divina Sabiduría.

"A Dios no le agradan los holocaustos", nos ha dicho Jesús. "Ofreced a Dios el espíritu arrepentido, el corazón contrito."

La sabiduría de esta enseñanza es muy profunda.

No es grato a Dios el sacrificio de una cosa que nos es querida; desea la parte más íntima de nuestro corazón. En vez de un dón hecho por todo el pueblo, quiere los donantes.

En efecto, ¿qué es el holocausto? Es un signo que tiene valor solamente por su significado de devoción y de homenaje. Pero, si la persona que lo recibe es nuestro Rey y Señor absoluto no puede quedar satisfecho. Lo que un rey desea es que sus súbditos le amen, le sean fieles, trabajen para producir riquezas y monumentos, obras inmortales, finalmente, que construyan un reino poderosísimo.

Jesús, pues, ha puesto ante nosotros la realidad de las cosas en vez de la apariencia que puede representarlas, y con esto ha iluminado el espíritu de los fieles.



"Y ceda ya el antiguo documento a los ritos de nuevo instituidos; constante nuestra fe dé suplemento al defecto de luz de los sentidos."

Verdaderamente el rey quiere de sus súbditos una entrega plena: su misma vida. Quiere que estén dispuestos a darle todo: la voluntad, las fuerzas, los hijos, la sangre.

Pero no como un "homenaje." ¡Ay de aquel soberano que tuviese súbditos tan locos que se suicidasen todos para ofrecerle un sacrificio! No; deben estar dispuestos a todo pero "cuando el rey lo quiera y en la forma que lo quiera".

Y Jesucristo no nos dió solamente una enseñanza, sino un ejemplo, con el fin de que lo imitemos.

Se ofreció a Sí mismo en sacrificio, como había sido prescrito y querido por Dios, con todas sus particularidades, y haciéndolo, fué obediente al Padre hasta la muerte y muerte de cruz.

¡Ah! En aquel momento en que la sangre de Jesús corría por el Gólgota, el mundo entero era un altar, y una sola gota de aquella sangre bastaba para lavar todos los delitos del mundo.

La Misa representa siempre el sacrificio realizado sobre el altar y la oferta de una víctima propiciatoria que vierte su sangre. La ofrenda se hace a un Dios que, con razón, está indignado por los pecados de los hombres, y la ofrenda se hace para tenerlo propicio y obtener misericordia, gracia y bendición.

Pero en el nuevo rito, la víctima es siempre Cristo, que

se sacrificó por nosotros con el fin de redimirnos, de tal modo que nos hace partícipes de la divinidad. La hostia del nuevo rito es el pan consagrado, el cuerpo vivo de Cristo.

La Misa renueva continuamente el holocausto, en aquel momento en que el Señor desciende a las especies consagradas; pues la elevación de la Hostia y el cáliz representan la elevación de la Cruz.





## : EL : CANON

Las ceremonias que acompañan al sacrificio del altar se hallan establecidas por reglas que constituyan el rito, esto es, el ceremonial de la Misa.

Especialmente en esta parte del sacrificio y de ofrenda es en donde todos los actos están determinados; por esto dicha parte central del rito se llama "Canon", que quiere decir precisamente "Regla."

En el rito sobresale la acción que representa la última Cena; la escena se repite por el Sacerdote, el cual representa a Cristo. Y repitiendo sus actos y sus palabras, con estupenda maravilla, repite también su milagro.

"En la noche de la última Cena, sentado a la mesa con los hermanos, el Verbo encarnado, con su palabra, de verdadero pan hace carne y el vino se convierte en sangre de Cristo.

"Y si la inteligencia no comprende cómo puede renovarse semejante prodigio, basta la fe sola para persuadir un corazón sincero.

"¡Canta, oh lengua mía, el misterio del cuerpo glorioso y de la preciosa sangre que, para rescatar el mundo, esparció el Rey del universo!

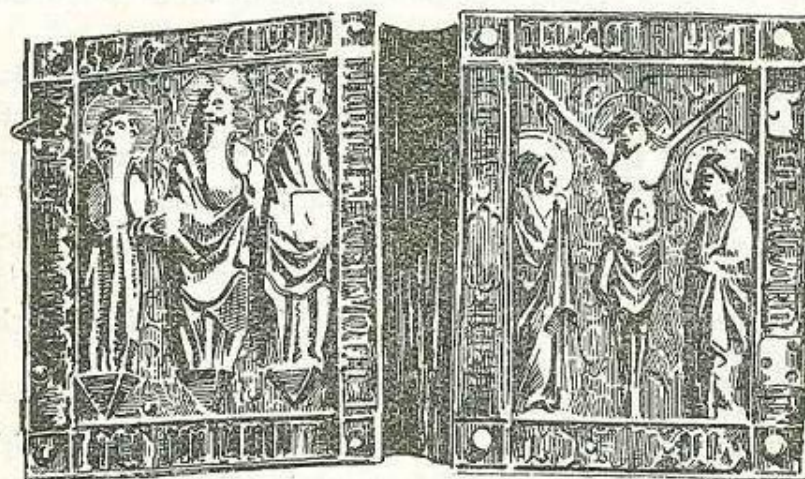
"Veneremos postrados el santísimo Sacramento, y las antiguas hostias cedan el lugar al nuevo rito.

"La fe, después, supla lo que falta a los sentidos."

### Los Dípticos

Para esclarecer la parte central de la Misa de los fieles, conviene separar de lo que se refiere a la ofrenda y al sacrificio del altar algunas oraciones que se hacen en dicha ocasión para recomendar a Dios los vivos y los muertos y para pedir a los Santos la ayuda de sus oraciones y de sus méritos. Estas oraciones se llaman "Dípticos", porque antiguamente en unas tablillas, en largas filas, se inscribían los nombres de las personas vivas de las fallecidas que se querían recomendar en el "Memento de los vivos" y en el "Memento de los muertos."

También en la invocación a los Santos hay una larga lista de nombres propios.



Esta costumbre revela un acto de amor y al propio tiempo de gran fe. Está para llegar el Señor, aquel que dijo: "Pedid y se os dará."



Mientras el Sacerdote le invoca, con aquel poder que le viene de la promesa de Cristo, y sigue el ceremonial establecido en el Canon para lograr el milagro esperado, es natural que el pueblo (y el mismo Sacerdote) se adelante para solicitar gracias para sí y para aquellos que ama en esta vida. Como también, que después implore gracia de aquel que "descendió a los infiernos" para obtener la liberación y la paz de las almas de sus difuntos.

Igualmente en Palestina, al paso del Señor, muchos se aproximaban a Él para pedirle la curación de personas ausentes, como el Centurión que pide la salud de su criado moribundo.

Quien verdaderamente cree que es aquel Cristo vivo, que llega realmente a nosotros en la Misa, se ve impulsado a pedir, como hacían las gentes que lo encontraron en su vida terrenal.

Para responder a tales sentimientos se conceden estas expansiones en el rito de la Misa. Durante el "Memento de los vivos" que tiene lugar casi al principio del Canon, como en el "Memento de los muertos" que es casi al final del mismo, cada uno recomienda y nombra a las personas queridas o aquellas por las cuales ha decidido rogar. Esto se hace en medio del más profundo silencio e inmovilidad, durante algunos instantes.

También el recuerdo de la Santísima Virgen María y de una larga serie de Santos es acto de unión espiritual inspirado por la fe. Porque en los momentos solemnes nos sentimos unidos a las personas que conocemos, como si nuestra memoria se iluminase y nos las hiciera distinguir una por una.

Precisamente en las cosas del mundo sucede algo semejante.

Si la multitud está aguardando a un gran personaje, a su llegada todos se conmueven. Se llama por sus nombres a las personas que pertenecen a su misma familia y procuran avanzar; cada uno mira si entre las personalidades conoce a alguien, y en ese caso la llama para solicitar algún privilegio, para obtener un puesto mejor desde el cual sea posible estar más cerca del gran personaje esperado.

Las oraciones de los dípticos son una participación formal de los cristianos en la Misa de los Fieles. No se oye en este momento al acólito contestar al Sacerdote, solamente se le ve arrodillado junto a él con la campanilla al alcance de la mano, pues esta será la única voz que entonces deberá resonar en el Templo.

Todo se desarrolla entre el Sacerdote y Dios, como si se tratase de un diálogo misterioso.





## LA ACCIÓN

**E**l Sacerdote no se separa ya del centro del altar; el libro está junto a él, colocado oblicuamente a su izquierda, de modo que pueda leerlo sin moverse.

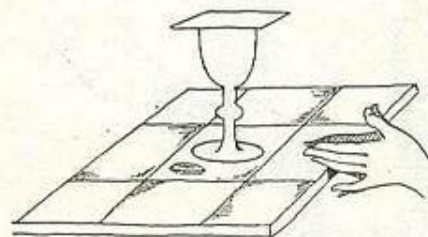
Las manos del Sacerdote, con el gesto expresan más que las palabras, porque estas últimas no se perciben. El Sacerdote murmura quedamente, ya alzando los ojos al cielo, ya bajándolos sobre la oblata que no toca jamás hasta el momento de la consagración. Sus manos están casi siempre levantadas, inmóviles y extendidas, en acto de invocación, o sino juntas en ademán de plegaria. En contraste con este estado de inmovilidad y de tensión de las manos orantes, se ve a éstas realizar repetidamente rápidas señales de la cruz sobre la oblata; son bendiciones que acompañan a veces, palabra



por palabra, lo que el Sacerdote está diciendo. La bendición viene de Dios y se hace en forma de cruz. Pero aquellos actos rápidos, son como la respuesta de Dios en un diálogo misterioso.

El hombre, implora y ruega, y Dios bendice.

Dejamos al Sacerdote, después del "Sanctus" derecho, a pie firme en el centro del altar, ante la Hostia y el cáliz que poco antes presentó en el Ofertorio, alzándolos ligeramente sobre los Corporales.



Ahora, en cambio, no los toca. Los gestos solemnes de sus manos parecen invocar sobre ellos la bendición divina.

Extiende un poco las manos y en seguida las junta, alza la mirada al Cielo para bajarla después. Luego se reconcentra, inclinándose profundamente sobre el altar en el que apoya las manos.

### "Te Igitur"

"Por lo tanto, clementísimo Padre, nosotros humildemente te rogamos y pedimos por mediación de Jesucristo..."

Al pronunciar dicho nombre, su cabeza se inclina aún más, hasta tocar el altar, en el que estampa un beso, y las manos que se apoyaban en él se retiran y juntan sobre el pecho.



"Te dignes aceptar y bendecir..." Después, súbitamente, su mano derecha se mueve haciendo por tres veces la señal de la cruz sobre la oblata.

"Estos dones, estas ofrendas, estos santos e inmaculados sacrificios."

Ahora sus brazos, se abren y extienden con gesto de solemne invocación.



Pero de repente aquella invocación se detiene. Es el paréntesis debido al "Memento de los vivos" y al "Comunicantes."

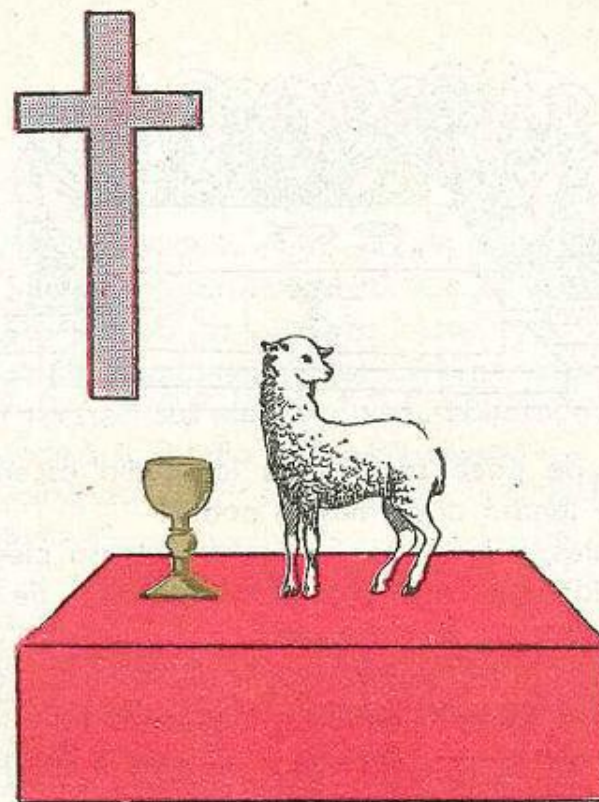
### "Hanc igitur"

La oblata está siempre expuesta en espera.

Al Sacerdote le parece ver sobre los Corporales un corderillo inocente, humilde y mudo (la figura mansa de Jesús) que está a punto de ser sacrificado.

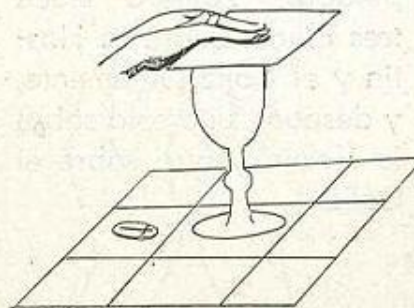
Y como hacían los grandes sacerdotes en los ritos antiguos cuando consagraban la víctima sobre el altar, él impone las manos teniéndolas inmóviles y extendidas sobre la Hostia y el Cáliz.

"Dígnate, Señor, aceptar esta ofrenda que te presenta toda tu familia como homenaje de su dichosa servidum-

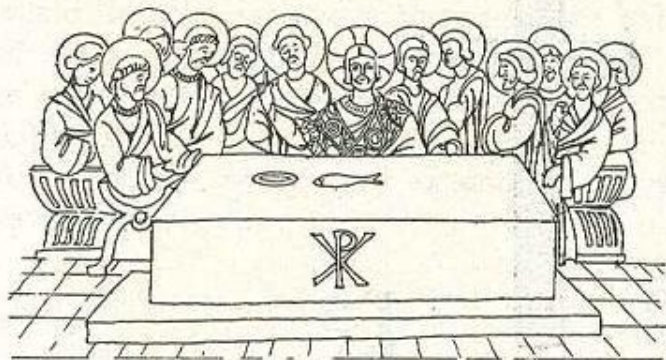


bre... y haz que seamos contados en el número de tus escogidos."

La blanca Hostia y el vino oculto dentro del cáliz están dispuestos y prontos sobre la mesa mística como estaban, hace tantos siglos, el pan y el vino sobre la mesa de la última Cena en el momento inminente de ser consagrados por la palabra de Cristo.



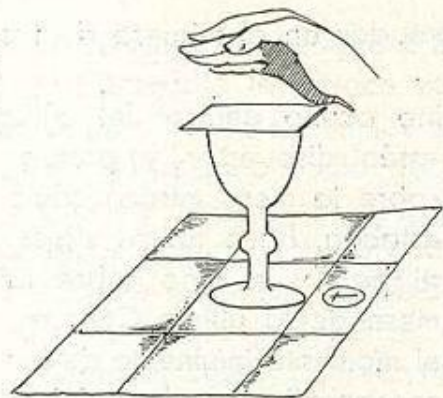




¡Dentro de poco se repetirá la misma escena, y el Sacerdote tendrá aquel mismo poder!

Pero antes, uniendo las manos en intensa plegaria, le pide a Dios que haga dignas las ofrendas de la gran mutación que va a sobrevenir.

"¡Oh Dios! te suplicamos que te dignes hacer que esta oblación sea en todo bendita, aprobada, ratificada... y se convierta para nosotros en el Cuerpo y Sangre de tu amadísimo Hijo y Señor nuestro Jesucristo."



Las cruces que bendicen, acompañan a cada deseo expresado por la palabra. Primero hace tres cruces sobre la Hostia y el Cáliz juntamente, y después, una sola sobre la Hostia y otra sobre el Cáliz.

## LA CONSAGRACIÓN

**S**e inicia entonces la reproducción de la última Cena; el Sacerdote, narrándola con las palabras del Evangelio, realiza los primeros actos.

"El cual (tu amadísimo Hijo) la víspera de su Pasión tomó el pan en sus santas y venerable manos" (el Sacerdote toma la hostia entre las suyas.)

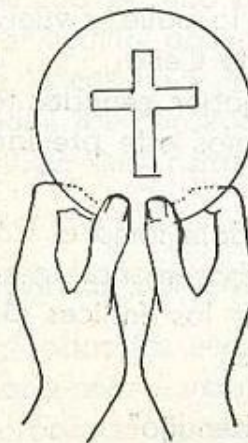
"y levantando sus ojos al Cielo, a Ti, Dios, Padre suyo omnipotente..."

(Alza la mirada al Cielo.)

"dándote gracias"

(Inclina la cabeza como saludando, y después, teniendo la Hostia con la mano izquierda la bendice con la derecha.)

"lo bendijo, partió y dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él."



Ahora tiene la Hostia entre los pulgares e índices de las dos manos y se inclina, como hablándola quedamente; se oye que pronuncia las palabras una a una con lentitud...

Entre tanto, el acólito va aproximándose de rodillas, alza con veneración el extremo de la casulla del Sacerdote, que es Cristo en este momento de



milagro, y toca la campanilla entre el silencio profu-  
dísimo de la multitud postrada.

## PORQUE "ESTE ES MI CUERPO"

### Elevación de la Hostia

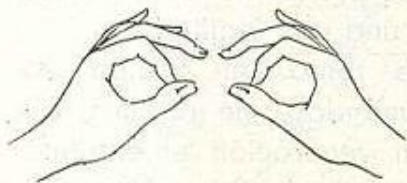
Pronunciadas estas palabras, también el Sacerdote cae de rodillas, adorando el Cuerpo de Cristo. Después se pone en pie y lo eleva en alto, a la vista de todos, que suspiran con él:

"¡Ah, Señor mío y Dios mío!", podemos decir aquí con el apóstol Santo Tomás. "Nuestros ojos no ven sino pan; pero nuestra fe ve en la Hostia consagrada a Jesucristo Dios y hombre."

A continuación apoya la Hostia consagrada sobre los corporales, pero aquellos dedos, que la tenían asida, pulgar e índice de ambas manos, siguen unidos como si no pudieran separarse.

Descubre el Cáliz, poniendo aparte la palia y vuelve a proseguir la reproducción de la última Cena:

"De modo semejante, después de haber cenado, tomando en sus santas y venerables manos este preclaro Cáliz..."



(El Sacerdote toma el Cáliz con ambas manos, pero sin separar los índices de los pulgares.)

"...y dándote igualmente gracias lo bendijo"

(El Sacerdote inclina la cabeza y sosteniendo con la izquierda el Cáliz un poco elevado, hace sobre él, con la derecha, la señal de la Cruz bendiciéndolo.)

"y lo dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él."

Ahora, teniendo el Cáliz un poco en alto, habla hacia dentro de él, atenta, secreta y continuamente, pero separando las palabras una de otra:

"PORQUE ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE,  
DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO  
MISTERIO DE FE:  
QUE POR VOSOTROS Y POR MUCHOS  
SERA DERRAMADA  
PARA REMISION DE LOS PECADOS."

El Sacerdote ha sido poderoso como lo fué Jesús. Lo que se encuentra ahora en el Cáliz es la Sangre de Cristo, como la que goteaba sobre el Gólgota cuando bañaba el leño de la santa Cruz.

El acólito, absorto y postrado, sostiene aún el extremo de la casulla y hace oír la campanilla, que resuena en todos los corazones como una conmemoración del sacrificio de Cristo.

### Elevación del Cáliz

"Todas las veces que hiciereis esto, lo haréis en memoria mía", murmura el Sacerdote bajando sobre los Corporales el sagrado Cáliz, y después lo adora de



rodillas. Para que todos lo vean, se alza en seguida y eleva el Cáliz, exponiéndolo a la adoración de todos los presentes.

Cuando lo ha vuelto a colocar sobre los corporales, permanece inmóvil, con los brazos extendidos con ademán de solemne adoración.

Se ha realizado la Elevación.

Ha llegado el momento de ofrecer al Eterno Padre la Hostia que debe aplacar y hacer propicia su divina Majestad.

Haciendo la ofrenda, el Sacerdote conmemora a Jesús, según su mandato:

"Nosotros tus siervos e igualmente tu pueblo santo en memoria de la bienaventurada Pasión del mismo Cristo, tu Hijo nuestro Señor, y de su Resurrección y su gloriosa Ascensión, ofrecemos a tu excelsa Majestad la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada."

Y mientras pronuncia estas palabras, sus manos hacen por tres veces la señal de la cruz sobre el Cáliz y la Hostia a la vez. Después, distinguiendo las dos especies entre las cuales está distribuída la unidad de Cristo, repite una señal de la cruz sobre la Hostia y otra sobre el Cáliz, diciendo respectivamente, en la continuación de la misma ofrenda:

"Te ofrecemos el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de la perpetua salvación."

Extiende de nuevo los brazos y los mantiene extendidos hacia el Cielo. Suplica que las ofrendas sean acogidas, y piensa de nuevo en los justos, los patriarcas y sacerdotes que desde los primeros tiempos ofrecieron a Dios su sacrificio.

"Dígnate poner benignamente tus ojos sobre estos dones y aceptarlos, como te dignaste aceptar los dones que te ofreció tu siervo Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abrahán y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedech."

Ahora está inclinado tan profundamente, que casi toca el altar con la frente, y apoya en su borde las manos juntas.

Medita sobre el gran instante y casi ve el trono de Dios, al cual deben llegar como ofrenda el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, de los cuales recibirán los hombres vida y salud eternas.

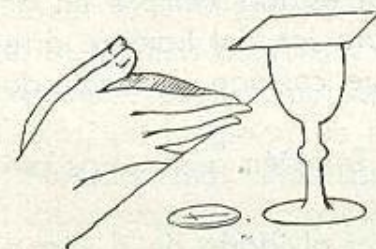
¿Quién podría dignamente elevarlos hasta el Padre Eterno?

"Te rogamos humildemente, oh Dios todopoderoso,

que ordenes sean presentadas estas ofrendas por las manos de tu santo ángel en tu sublime altar, ante el acatamiento de tu divina Majestad, para que todos los participantes en este altar (y deposita un beso sobre él) recibamos los sacrosantos Cuerpo y Sangre de tu Hijo (acompaña estas palabras de una cruz sobre la Hostia y otra después sobre el Cáliz) y seamos llenos de toda celeste bendición y gracia."

El Sacerdote se santigua porque la ofrenda está realizada.

Reflexionando sobre este cúmulo de gracias y bendiciones que cubre a los presentes, acude a su memoria el recuerdo de aquellos que no pueden participar de él





y que están en espera penosa, llenos de un deseo ardiente de Dios sin poderlo alcanzar todavía. Su corazón se le conmueve, especialmente cuando recuerda a sus muertos. Todos los fieles se asocian a este piadoso acto y aquí la Misa se suspende un instante para el "Memento de los muertos."

### Oraciones después de la Elevación

De repente se oye, como exclamando, la voz del Sacerdote; sus manos, que habían estado siempre en actitud de oración recuerdan ahora las del hombre arrepentido al pie del altar, porque cerrada la mano derecha, golpea el pecho.

**Nobis quoque peccatoribus.** "También a nosotros pecadores."

El hombre sumergido en Dios y olvidado de sí mismo, parece despertar y atrayendo la atención sobre sí, se reconoce pecador y llama a todo el pueblo con su voz que exclama. Pero después, recordándose del gran respeto que es necesario, vuelve al murmullo de las peticiones y pide por sí y por todos los circunstantes. Pide mucho, porque los presentes puedan pedir mucho; éstos se encuentran casi en las circunstancias de los primeros discípulos, que podían aproximarse íntimamente al Señor y le rodeaban mientras El les hablaba del Reino de los Cielos.

"A nosotros que confiamos en la abundancia de tus misericordias, dignate hacer que tengamos parte y seamos admitidos en la compañía de tus Santos."

Y los cita fervorosamente por sus nombres.

"De tus apóstoles y mártires, de Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio... Lucía, Inés, Cecilia..."

Después, se justifica de aquella petición máxima y añade:

"Te pedimos nos recibas, no precisamente por nuestros méritos, sino más bien por efecto de tu gracia."

Los fieles no serán atendidos en todos sus deseos como aconteció a los Zebedeos. Ellos han pedido el máximo, es cierto, pero también lo posible. Cada uno puede aspirar a la santificación, más aun, es para alcanzar la santidad por lo que queremos unirnos a Cristo. El se hizo hombre y vuelve siempre a nosotros precisamente para esto; para conducirnos al Reino de los Cielos, en la gloria de la Santísima Trinidad.

Nuestras más altas aspiraciones son posibles, gracias a los méritos de Cristo: **Per Christum Dominum nostrum.**

"Por quien, Señor, siempre creas estos bienes (y con mística alegría hace las tres cruces, bendiciendo) y los santificas, los vivificas, los bendices y nos los repartes."

El Sacerdote descubre ahora el Cáliz apartando la palia y realiza el final de la gran ceremonia mística.

Toma la Hostia entre el pulgar y el índice de la mano derecha, y el Cáliz con la izquierda (conservando siempre, en esta mano, unidos los dos dedos que sujetaron la sagrada Hostia) y después hace, lentamente, tres signos de la cruz con la Hostia sobre el Cáliz de uno a otro borde, mientras pronuncia las tres afirmaciones:

- "Por El, con El y en El."

Después, también con la Hostia, hace dos cruces entre el Cáliz y el propio pecho.



"Te pertenece todo honor y gloria, oh Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo."

Diciendo esta última frase, alza un tanto el Cáliz con la Hostia sobrepuesta; después lo vuelve a apoyar en el lugar acostumbrado sobre los corporales y cubre el Cáliz con la palia, y hace genuflexión.

Su voz clara e inteligible, dice a todos que la felicidad a que aspiramos es eterna: **Per omnia saecula saeculorum**. "Por todos los siglos de los siglos".

"Así sea", dice el acólito, como para demostrar que estuvo unido al Sacerdote en todo cuanto hizo y pidió desde el principio hasta el fin.

Después de recibir tanta gracia, se necesita una oración final. ¿Quién podría encontrar una digna de este instante? Sólo el mismo Jesús.

"Oremos", dice el Sacerdote con las manos juntas, dirigiendo su exhortación a los fieles.

"Instruídos con los preceptos saludables y siguiendo fielmente las enseñanzas divinas que nos ha prescrito, nos atrevemos a decir."

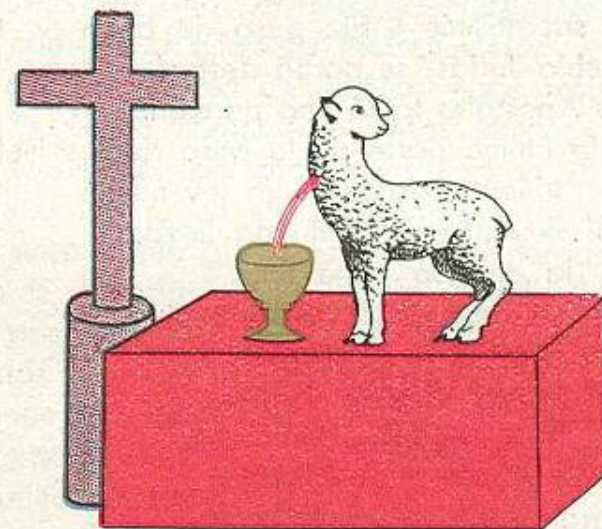
Y con voz clara, delante de Cristo vivo, extendiendo otra vez los brazos con gesto de invocación, entona con el pueblo la plegaria universal:

"Padre nuestro que estás en los cielos,  
Santificado sea el tu nombre,  
Venga a nos el tu Reino,  
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.  
El pan nuestro de cada día, dánosle hoy  
Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Y no nos dejes caer en la tentación."

"Mas líbranos de mal", dice la voz del acólito, a quien el Sacerdote contesta quedamente:

"Así sea."





## PAX

**E**n la santa Cena, después de la consagración del pan y del vino, nuestro Señor dejó que sus discípulos obedecieran su orden: "Comed y bebed de él todos." El sacratísimo Cáliz pasó de boca en boca y también bebió Judas; se partió después el pan, y cada uno de los Apóstoles tomó una porción.

Es ésta la última parte de la Misa de los Fieles.

"Nueva Pascua en la ley nueva  
el Rey nuevo al mundo lleva,  
y la antigua pone fin.

"Luz sucede a noche oscura,  
la verdad a la figura,  
el nuevo al viejo festín...

"Bajo especies diferentes,  
sólo signos y accidentes,  
gran portentoso oculto está.

"Sangre el vino es del Cordero,  
carne el pan, mas Cristo entero  
en cada especie se da.

"No en pedazos dividido,  
ni incompleto, ni partido,  
todo se nos da a comer.

"Y uno o mil su cuerpo tomen,  
todos entero lo comen,  
ni comido pierde el ser.

"Lo recibe el malo, el bueno:  
para éste, de gracia lleno;  
para aquél, manjar fatal.

"Vida al bueno, muerte al malo,  
da este célico regalo.

¡Ved qué efecto desigual!" (1).

La Misa de los Fieles que reproduce la Cena, ha concluido ahora el gran ceremonial de la consagración de la Hostia y el Vino, cerrando aquel período de acción mística, con la recitación del Padrenuestro.

El pueblo, por boca del acólito, hace resonar en el templo la última invocación: "Mas líbranos de mal". Porque el acto a que ahora se preparan el Sacerdote y los fieles tendrá un efecto opuesto para quien obró bien y para quien obró mal, sea en pensamiento, en palabra o en obra. Quien osase comulgar con Jesús siendo perverso, no disfrutará jamás paz al igual que Judas y, como él, comería la muerte. En cambio, los buenos que comulgan con Jesús, comiendo el pan de los ángeles, reciben la paz sublime que se encuentra en el Reino de los Cielos.

"Líbranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros", dice el Sacerdote en voz baja. Y toma la patena entre el índice y el medio de la mano derecha; pues se prepara a comer en la sagrada Mesa. Todavía los dedos pulgar e índice, que tuvieron el Cuerpo de Cristo, no pueden separarse.

(1) Estrofas tomadas de la *Secuencia* que se reza en la Misa del *Corpus Christi*, compuesto por Santo Tomás de Aquino.



"Por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios", continúa en voz baja el Sacerdote: "y de tus bienaventurados apóstoles Pedro, Pablo y Andrés y de todos los Santos", (se santigua y como tiene la patena en la mano, lo hace con ella) "dadnos, propicio, la paz en nuestros días".

Pide la paz, que sólo puede venir de la comunión de Cristo. Y, después, besa la patena, pensando que ella es el plato sobre el cual tendrá lugar la angélica alimentación del alma.

"A fin de que ayudados con el auxilio de tu misericordia, seamos siempre libres del pecado y seguros de toda perturbación."

### Preparación para la Comunión

El Sacerdote comienza ahora a preparar las Especies Eucarísticas sobre la mesa. Acompaña los primeros actos con las tres partes sucesivas de la frase en homenaje a la Santísima Trinidad, que con tanta frecuencia acude a sus labios.

"Por el mismo Jesucristo nuestro Señor e Hijo tuyo, Que siendo Dios contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo.

Por todos los siglos de los siglos."

En el primer acto, el Sacerdote coloca la patena debajo de la Hostia en los corporales y descubre el Cáliz poniendo a un lado la palia. Sobre los corporales está, pues, el plato con el pan y el Cáliz descubierto.

Toma entonces la Hostia del plato con los pulgares y los índices, como hizo en la elevación, pero la sujeta



encima del Cáliz y la divide en dos partes, diciendo la primera parte de la frase

"Por el mismo Jesucristo Seños nuestro, tu Hijo."

El ruido al partirse la Hostia, hasta se oye a distancia, y esto causa impresión a quien la ama; cree asistir al acto cruel de aquel soldado que atravesó con su lanza el Corazón de Jesús. Pero al partir la Especie no se divide el Cuerpo vivo del Señor:

"Dividido el Sacramento, no vaciles un momento, que abarcado en el fragmento como en el total está.

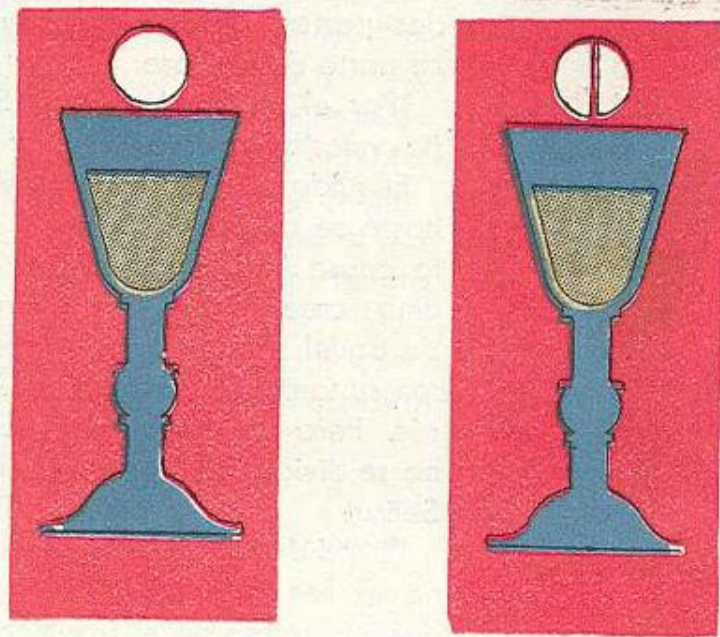
"En la cosa no hay fractura, la hay tan sólo en la figura, ni en su estado ni estatura detrimento al cuerpo da" (1).

En el segundo acto y mientras dice la otra parte de la frase:

"Que, siendo Dios, contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo", el Sacerdote vuelve a colocar sobre la patena la mitad derecha de la Hostia. Después, con la mano que ha quedado libre, quita un trocito de Hostia

(1) De la Secuencia ya citada antes.



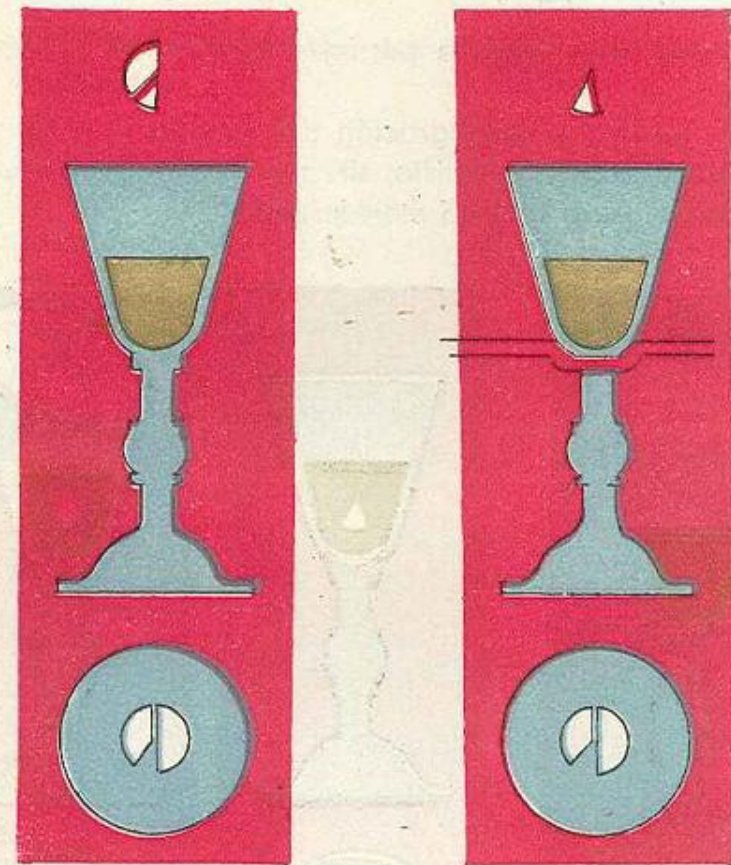


de la otra mitad y lo sostiene entre el pulgar e índice derechos, mientras con la mano izquierda coloca la mitad restante sobre la patena, junto a la mitad completa que ya allí se encontraba.

En el tercer acto alza un poco el Cáliz tomándolo por debajo de la copa con la mano izquierda, pero sin usar el pulgar y el índice, que se han vuelto a unir tan pronto como la Hostia fué colocada sobre la patena, y sosteniendo sobre el Cáliz aquel trocito de Hostia santa, completa la frase diciendo:

"Por todos los siglos de los siglos."

Hizo todo esto hablando en voz baja; repetía palabras sagradas manipulando las sagradas Especies.



Ahora, en cambio, se dirige en voz alta al pueblo acompañando las palabras de tres cruces benedictoras.

**Pax Domini sit semper vobiscum.** "La paz del Señor sea para siempre con vosotros."

Hace tres cruces con aquella partícula de Hostia y con la misma bendice la copa del Cáliz.

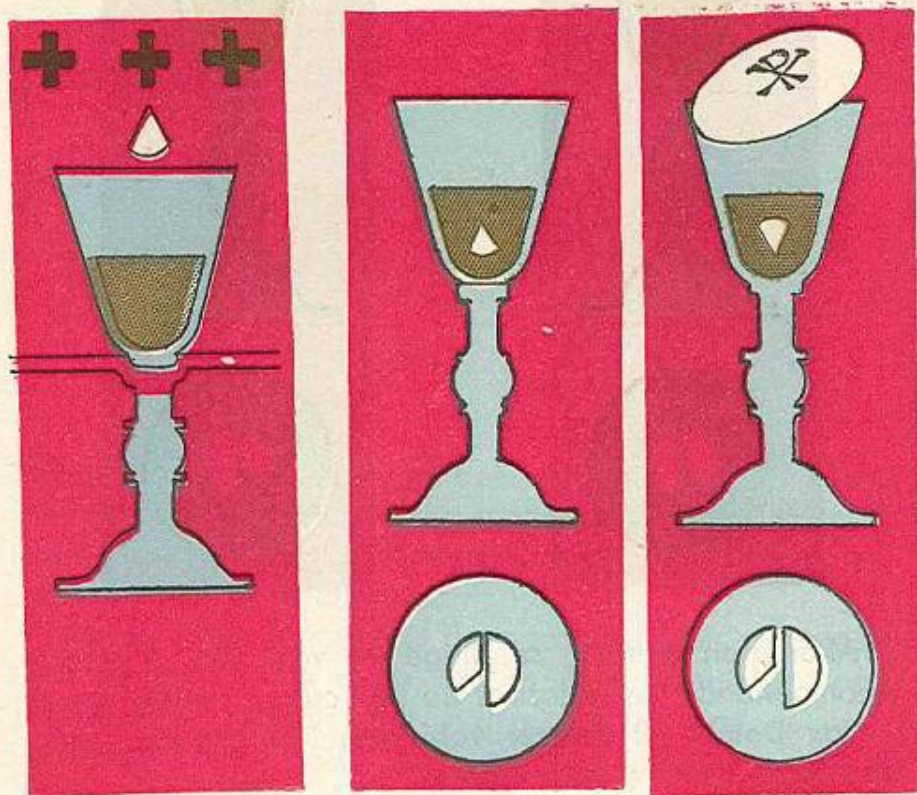
Y el pueblo devuelve en alta voz a su Sacerdote, el mismo augurio de paz, por boca del acólito:



"Y con tu espíritu."

Entonces deja caer la partícula dentro del Cáliz, diciendo:

"Esta mezcla y consagración del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, sirva a nosotros, cuando la recibamos, para la vida eterna. Amén."



Luego cubre el Cáliz y se arrodilla ante las Especies sagradas, que ahora están prontas para el místico Banquete.

### Oraciones y actos de preparación para la sagrada Comunión.

El Sacerdote se detiene un instante meditando, y después cierra la mano derecha y con ella se golpea el pecho de forma que todos lo oyen; se golpea tres veces pidiendo misericordia y paz. Más fuertemente que cuando al pie de las gradas del altar recitó el **Confiteor**, porque ahora sabe que no está solamente para acercarse al altar, sino que debe confundirse con el mismo Dios, en la Comunión con el Cuerpo, la Sangre y la Divinidad de Jesucristo.

"Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo", —dice en voz alta el Sacerdote— "ten piedad de nosotros".

"Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz."

El don prodigioso que está a punto de recibir, será vida o muerte para él, según sea bueno o malo. Pero su corazón arde en deseos de unirse al Señor. Como un ciervo sediento corre en busca del manantial de las aguas, así va su alma en busca de Dios, y como un niño de pecho desea la leche espiritual.

Mas, para atreverse a realizar el acto sublime, ora a Dios a fin de que así como hizo a las Especies capaces de convertirse en substancia divina, así prepare ahora su corazón para recibir dignamente al Señor. Y juntas las manos apoyadas sobre el altar, se inclina murmurando fervidas plegarias.

"Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles



La paz os dejo,  
 Mi paz os doy,  
 No mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia...  
 Tú que diste con tu muerte la vida al mundo,  
 Líbrame... de todas mis iniquidades  
 Y de todos mis males...  
 La participación de tu Cuerpo,  
 Que yo, indigno, me atrevo a recibir,  
 No me sirva de juicio y condenación,  
 Sino que me sirva, por tu piedad,  
 De defensa del alma y del cuerpo y de medicina  
 saludable..."

Se arrodilla ante el Sacramento del altar, y después declara lo que va a realizar.

"Tomaré el Pan celestial e invocaré el nombre del Señor."

### La Comunión

Inclinándose ligeramente, toma las dos partes de la Hostia que están sobre la patena, con el pulgar y el índice de la mano izquierda, y pone la patena entre los dedos índice y medio de la misma mano, con el fin de que el plato esté siempre debajo de las Especies por el temor de que si cae una partícula pequeña pueda perderse. Después, golpeándose el pecho tres veces con la mano derecha cerrada, repite la frase humilde del Centurión lleno de fe, que pide a Jesús el milagro de sanar a su siervo enfermo en casa, pero sin ir allí, porque aquella casa no era digna de recibirle.

"Di una palabra solamente y mi siervo será salvado."  
 El Sacerdote, repitiendo aquellas frases, dice en voz alta, solamente las primeras palabras, que todos perciben: "¡Señor, yo no soy digno." Pero todas las veces repite quedamente aquella frase, que tanto agradó a Jesucristo: "No soy digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra y será sana mi alma."

Hace entonces una cruz con la Hostia sobre la patena y dice: "El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, guarde mi alma para la vida eterno. Amén." E inclinándose, comulga reverentemente las dos partes de la Hostia.

Puesta de nuevo la patena vacía sobre los corporales, junta las manos y adora por unos instantes el Santísimo Sacramento, que ya no está sobre el altar, sino encerrado en él, como en un sagrario.

¡La Patena quedó vacía! ¡La santa Hostia ha desaparecido! Quien la admiró en la elevación, ya no la ve. Es como si el Señor hubiera sido encerrado en el sepulcro.

Pero sabemos que el sepulcro de Cristo es el lugar de su resurrección y, por lo tanto, es Cristo quien vive en el Sacerdote.

Este, sabiendo que Jesús está todo entero en cada partícula de la Hostia, aunque fuese una milésima parte, mueve la patena en torno dentro de los corporales, como si recogiese polvo invisible de partículas sagradas; y después, purifica aquella patena de oro reluciente, vacía e intacta, cepillándola toda cuidadosamente con el dedo, mientras la tiene inclinada sobre el Cáliz como para que caiga sobre éste lo contenido que su dedo empuja. Mientras ejecuta esta operación, habla y dice:



"¿Con qué pagaré yo al Señor todas las cosas que El me ha dado?

Tomaré el Cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor.

Con alabanzas invocaré al Señor y quedaré libre de mis enemigos."

Entonces, con la derecha, toma el Cáliz y hace con él una señal de la cruz, diciendo:

"La Sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén."

Después, sosteniendo con la mano izquierda la patena bajo el Cáliz, a fin de recoger la gota más pequeña que pudiese caer, bebe con reverencia todo el vino y la partícula que éste contiene.

"Venid y comed todos."

### La Comunión de los fieles

El Señor descendió sobre el altar, sirviendo de intermediario el Sacerdote, pero vino para todos.

En la santa Cena, solamente los doce discípulos fueron los que recibieron su sagrado Cuerpo; pero, después de su gloriosa Resurrección y Ascensión, es la humanidad entera quien debe participar de ella, por los siglos de los siglos. Por esto los fieles que asisten a la santa Misa y reúnen las condiciones que pide el precepto, se aproximan al altar. Junto a él se halla dispuesta una larga mesa adornada con blancos manteles y el misterio inefable de la comunión del hombre con Dios, está a punto de efectuarse. Nadie será rechazado,

porque son llamados hombres y mujeres, viejos y niños.

Está presente en el ánimo de todos lo que abre las puertas de Dios, la humildad y el corazón contrito. Por esto, todos los fieles van ahora repitiendo en voz alta aquella misma confesión que hizo el Sacerdote para poder subir las gradas del altar. Mientras avanzan, con las manos juntas sobre el pecho, recogidos con adoración, dicen por boca del acólito:

"Yo pecador, me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos, y a vos, padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra."

(Inclinada la cabeza en acto de contrición, todos se golpean el pecho.)

"¡Por mi culpa!

¡Por mi culpa!

¡Por mi grandísima culpa!"

Luego bendice a todos y les da la absolución en nombre de Dios:

"Dios todopoderoso tenga piedad de vosotros y, perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna."

Entretanto, el sacerdote abre el tabernáculo para sacar el Copón y lo ha descubierto.

Después, tomando una partícula, la muestra a los que se aproximan al altar, diciendo:



"He aquí el Cordero de Dios,  
He aquí el que quita los pecados del mundo."

Y todos repiten, golpeándose el pecho:

"¡Señor!, no soy digno de que entres en mi morada,  
pero di una sola palabra y será sana mi alma."

Todos están delante de la mesa; arrodillados uno junto a otro para tomar parte en el mística banquete; y el Sacerdote, pasando, se detiene frente a cada uno y le da una partícula, acompañándola con un saludo de gran consuelo:

"El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo  
guarde tu alma para la vida eterna. Amén."

#### Y dicho el himno, salieron

Así se cierra en el Evangelio la descripción de la última Cena, y también en la Misa cada uno se levanta y se va, mientras el Sacerdote dice en voz alta aquellas oraciones, aquellos himnos de acción de gracias que cada uno repite en su propio corazón.

"Haz, Señor, que recibamos con pureza de alma lo que hemos tomado por la boca, y que este don temporal se nos convierta en remedio sempiterno."

El Sacerdote, que ha tocado el Cuerpo de Cristo, se purifica ahora las manos. Sostiene el Cáliz y, teniendo sobre él los índices y pulgares de ambas manos, que no se habían separado todavía más que para coger la sagrada Hostia, deja que el acólito vierta sobre ellos vino y agua. Entretanto, expresa el deseo de que su alma esté penetrada por la gracia de Dios.

"Tu Cuerpo, ¡Señor!, que he recibido,

y tu Sangre, que he bebido,  
adhiéranse a mis entrañas  
y haz que no quede en mí mancha alguna de pecado  
después de haber sido alimentado con tan puros y santos Sacramentos."

Después aun bebe los últimos restos del Sacramento que tocaron sus dedos, que ahora se separan y el Sacerdote los seca. Luego, seca el Cáliz diligentemente con el purificador y, doblados los corporales, pone todas las cosas en el mismo orden que al principio.

Entretanto, el acólito va a tomar el libro que estaba en la derecha del altar y lo coloca nuevamente en el lugar preciso que ocupaba al principio de la Misa.

El Sacerdote se aproxima y lee algunas oraciones que son las propias del día.

Ahora la Misa ha concluído. El Sacerdote, en medio del altar, saluda a los circunstantes con un **Dominus vobiscum**, que quiere decir "Adiós", y añade después:

"Idos. La Misa ha concluído."

Pero el Sacerdote permanece en medio del altar y todos se arrodillan para tomar parte en su última oración, en el saludo que dirige a la Trinidad omnipotente.

"Séate agradable, oh Santa Trinidad, el obsequio de mi servidumbre, y haz que el sacrificio que acabo de ofrecer, aunque indigno a los ojos de tu Majestad, sea aceptado y que para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido, sea propiciatorio por tu misericordia."

Entonces se vuelve de nuevo a la multitud arrodillada y le comunica la respuesta del Altísimo:

"Bendígaos Dios omnipotente,  
Padre, Hijo y Espíritu Santo."



Y hace con la mano el signo de bendición.

Todos se santiguan solemnemente, como se signaron al iniciarse la Misa.

Pero el sacerdote no se va, ni tampoco el pueblo.

Parecen todos unidos para escuchar todavía una palabra que hable Jesús. La Misa ha concluído, es cierto, pero a ninguno le es posible alejarse.

El Sacerdote va hacia la derecha del altar, donde leyó antes el Evangelio. El libro ya no está allí, pero hay un cuadro, una página escrita por San Juan. Todos escuchan en pie las palabras de quien conoció a Jesús tan largamente y lo amó tanto:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios.

Por El fueron hechas todas las cosas...

El era la luz verdadera que ilumina todo hombre que viene a este mundo...

El mundo fué hecho por él.

¡Y el mundo no le conoció!

Vino a su propia casa,

¡Y los suyos no le recibieron!

Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, les dió poder de llegar a ser hijos de Dios."

El pueblo responde:

**Deo gratias.**

## INDICE

	<u>Págs.</u>
Prefacio al libro . . . . .	7
Prefacio para los niños . . . . .	13

### LA ULTIMA CENA

La última cena. . . . .	17
La Misa . . . . .	19
El Misterio . . . . .	20
El gran Milagro . . . . .	22
La Iglesia . . . . .	25
La Historia . . . . .	26
Catecúmenos y fieles . . . . .	29
La comunión de los santos . . . . .	31
El tañido de las campanas . . . . .	33
La atmósfera espiritual . . . . .	34
El llamamiento. . . . .	36

### LA MESA PREPARADA

La mesa preparada. . . . .	39
Las gradas del altar . . . . .	42
Los manteles rituales . . . . .	42
Los tres objetos rituales . . . . .	43
Accesorios de amor . . . . .	44
Preparativos para la Misa . . . . .	47
La luz . . . . .	47
El libro. — El agua y el vino . . . . .	48
La toalla — La campanilla . . . . .	49
Los accesorios . . . . .	49
Los objetos sagrados . . . . .	50





	<u>Págs.</u>
Porque "Este es mi Cuerpo" . . . . .	118
Elevación del Cáliz . . . . .	119
Oraciones después de la Elevación . . . . .	122
Pax . . . . .	126
Preparación para la Comunión . . . . .	128
Oraciones y actos de preparación para la sagrada Comunión . . . . .	133
La Comunión . . . . .	134
La Comunión de los fieles . . . . .	136
Y dicho el himno, salieron . . . . .	138

---

---



